

DORIS MORENO
MANUEL PEÑA (COORDS.)

Diálogos con la Historia

Ricardo García Cárcel y el oficio de historiador



cátedra

Doris Moreno y Manuel Peña (coords.)

Diálogos con la Historia

Ricardo García Cárcel y el oficio de historiador

Contenido

INTRODUCCIÓN. El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad, *Doris Moreno y Manuel Peña*

I. ANNALES: HACIENDO HISTORIA

La percepción luminosa del sentido de la civilización occidental, *Raphaël Carrasco*

El Franco Condado de Lucien Febvre, *John H. Elliot*

La victoria de Lucien Febvre, *Antonio Gil Ambrona*

Una experiencia importante: del estudio de Marc Bloch a la búsqueda de sus huellas, *Michele Olivari*

Primer encuentro distraído con un libro fundamental, *Adriano Prosperi*

En busca de influencias y de un perfil, *Augustin Redondo*

II. DE LA HISTORIA SOCIAL A LA HISTORIA CULTURAL

Rejas, *José Luis Betrán*

Las culturas: un punto de encuentro, *Carlos Blanco Fernández*

Eugenio Asensio: «Un pueblo es hijo de su pasado, de todo su pasado», *Fernando Bouza*

Trayectoria historiográfica y biblioteca mental, *Roger Chartier*

Lucien Febvre, Rodney Hilton y otros, *Gregorio Colás*

Historia de imaginarios, *Carlos Alberto González Sánchez*

Walter U. Pagel y el tratamiento historiográfico de Pàrancelso, *Sergi Grau*

Sobre hombres de negocios y finanzas en la Cataluña moderna (siglos XVI-XVII), *Bernat Hernández*

La traducción de obras históricas en el siglo XVIII: autores, textos e intenciones, *M.^a Victoria López-Cordón*
Bartolomé Bennassar y la pedagogía del miedo, *Doris Moreno*

Márquez Villanueva y la España que no pudo ser, *Stefania Pastore*

Domínguez Ortiz y las alteraciones andaluzas, *Manuel Peña*

Reflexionando sobre tres historiadores: Braudel, García Cárcel, Benítez, *Juan Carlos Pérez García*

Un festín de libros, *María de los Ángeles Pérez Samper*
Juan Reglá, humanidad a tiempo completo, *Emilia Salvador*

III. DEL ARCHIVO A LA DIVULGACIÓN DE LA HISTORIA

La revista *Historia social*, en la cresta de la ola historiográfica, *Ángela Atienza López*

Las ventajas de un café, *Anna Caballé*

Enseñar más allá de las aulas. Los historiadores y la divulgación, *Eduardo Descalzo Yuste*

Apuntes desde la divulgación, *Asunción Doménech*

De archivos municipales, microscopios y matices, *Ignacio Latorre Zacarés*

Winstanley: historia, política y cine, *Eliseo Serrano Martín*

IV. HISPANISMOS

Marcel Bataillon y García Villoslada sobre Erasmo de Rotterdam e Ignacio de Loyola, *Enrique García Hernán*

El hispanismo francés en el contexto de los años 1975-1995: debates, modelos, influencias, *Araceli Guillaume-Alonso*

Pierre Vilar, *Carlos Martínez Shaw*

Una lectura inexperta de Erasmo y España, *José Pardo-Tomás*

Con Gerald Brenan, *Bernard Vincent*

V. EL HISTORIADOR

Encuentros con Ricardo García Cárcel, *Teófanés Egido*
Ricardo García Cárcel, maestro de historiadores, *Roberto Fernández*

Un historiador indomable, *Ignacio Morgado*
Prueba y error: unas reflexiones, *Jaime Tortella*

CONVERSANDO CON EL MAESTRO

CRÉDITOS

INTRODUCCIÓN

El pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad.

DORIS MORENO Y MANUEL PEÑA

El magisterio es un arte difícil de ejecutar. No existe un modelo de maestro, acaso el único posible es aquel que es reconocido como tal por sus discípulos. La raíz del magisterio en el mundo universitario reside —casi siempre— en la docencia, un universo demasiado complejo como para atreverse a señalar cuál es la guía del buen profesor. Y, ciertamente, todos los maestros son docentes, pero no todos los docentes son maestros. El maestro no es solo el que domina una materia, ni siquiera el que la enseña bien. El maestro es capaz de despertar en sus estudiantes la curiosidad dormida, de abrir puertas a la inteligencia despierta, de acompañar en el proceso de madurez intelectual; aquel que plantea dudas e interpretaciones, sugiere temas de investigación y debate con los alumnos.

El maestro universitario, quizá en la intimidad, se puede sentir orgulloso de haber contribuido a que sus estudiantes continúen sus líneas de investigación, pero nunca hará alarde público de ello porque una cualidad del maestro es necesariamente la humildad. Sin duda, un rasgo del buen maestro es no citar a sus discípulos como tales, a lo sumo se refiere a ellos como antiguos alumnos. Es la muestra más clara de la honestidad y de la generosidad en su labor de transmitir algo más que conocimiento. Lo contrario puede ser indicio de estar bajo los efectos del complejo de Pígalión.

Otra característica del buen maestro tiene que ver con el modo de dirigir una tesis. En ningún caso puede pretender que el resultado parezca obra suya. Nunca será maestro — si acaso lo busca— aquel que exija que la tesis se escriba a su imagen y semejanza. El buen maestro debe orientar, insinuar y, solo en casos de evidente despropósito, corregir al doctorando. Para una buena dirección, puede ser suficiente la presencia del maestro, su atención y su afecto; y si algo es imprescindible son las largas conversaciones sobre la investigación y sobre temas tan dispares como la vida misma. Aún más, puede suceder que aquel que consideres tu maestro no haya sido tu director. Georges Duby lo explicó muy bien. Este gran medievalista francés no tuvo la suerte de conocer a Marc Bloch, cuando todo apuntaba a que le iba a dirigir la tesis. El paso a la clandestinidad y el posterior fusilamiento en 1942 de Bloch, dejaron al joven Duby sin la dirección doctoral del mejor historiador que tenía Francia. Pero no fue así: «Para proclamarme discípulo suyo me basta pues con haberle leído. No dejo de aprender cada vez que lo releo»¹.

Así es. Leer y releer a los maestros es una fuente inagotable de orientaciones y sugerencias para aquellos que reconocen su magisterio, aunque físicamente no hayan tenido la oportunidad de disfrutarlo. Para el discípulo que sí ha tenido al maestro a su alcance, leerlo y releerlo es una práctica que le aporta enormes posibilidades en su formación. Si además tiene la ventaja de compartir despacho, grupo de investigación o conversaciones telefónicas es muy posible que surja un proceso de intercambio intelectual y humano que no se agota ni mucho menos en los resultados más visibles como son artículos, libros o volúmenes colectivos a lo largo del tiempo. El magisterio no tiene fecha de caducidad si se ha construido desde el respeto, la sinceridad, el cariño y la libertad. Y ese ir y venir de largas o chispeantes conversaciones forja un marco de calidez humana en el que crecen y dan fruto los debates, la circulación de

ideas y los préstamos bibliográficos: aquí el magisterio alcanza sus momentos más brillantes y creativos. Y siempre con la máxima gramsciana que tantas veces nos ha recordado nuestro maestro: «al pesimismo de la inteligencia hay que contraponer el optimismo de la voluntad».

Ricardo García Cárcel ha cumplido 70 años. Es tiempo de gratitud y reconocimiento. Con ocasión de este aniversario hemos querido encontrarnos un grupo de amigos y discípulos en este pequeño volumen para ofrecerle un conjunto de reflexiones historiográficas, muy personales, de esas que tanto le gustan. En nuestra invitación original, el encargo consistía en escribir un breve ensayo sobre una lectura, un historiador o un grupo de historiadores que hubieran influido poderosamente en la trayectoria científica de cada uno de los participantes. La única limitación era espacial, el texto debía ser necesariamente breve, y el enfoque ensayístico, reduciendo el aparato crítico o directamente sin él.

Debemos decir que las contribuciones han superado nuestras expectativas en la medida que la proyección científica de Ricardo, con sus múltiples frentes e intereses, ha sido y es muy amplia: mundo editorial, implicación en la divulgación, opinión periodística, crónica cinematográfica... han sido ámbitos de trabajo relevantes en una vida académica muy fecunda, más allá de su dedicación principal a la investigación y la docencia. Y es que Ricardo García Cárcel, con esa pasión por la Historia que le caracteriza y que ya latía en su infancia, ha sabido entrelazar, con una capacidad de trabajo extraordinaria, todos esos hilos, ofreciendo mucho más allá del gremio de modernistas, una visión de la historia de España trabada, llena de matices y colores. Ricardo García Cárcel vive la investigación histórica como una experiencia gozosa y ha sabido transmitirnos esa pasión a sus discípulos y amigos.

Algunos de los amigos convocados no han podido participar. Por otro lado, la invitación fue muy restringida dadas

las limitaciones de nuestros recursos. Somos conscientes de ello y estamos trabajando para tomar otras iniciativas más amplias. La diversidad en los ensayos nos ha permitido estructurar el libro en cinco bloques, cada uno de los cuales tiene una relación directa con la trayectoria historiográfica y la proyección profesional de nuestro maestro: «Annales: haciendo historia», «De la historia social a la historia cultural», «Del archivo a la divulgación de la historia», «Hispanismos» y «El historiador». Por último, este libro se cierra con una conversación inédita que mantuvimos con el maestro y en la que hizo un emotivo repaso de su recorrido personal y profesional, además de una reflexión detenida y crítica sobre el oficio de historiar.

No hubiera sido posible este volumen sin la generosidad de todos los autores, de nuestro editor Raúl García y la editorial Cátedra, de los traductores y de Ignacio Latorre, director del Archivo Municipal de Requena, que ha puesto a nuestra disposición las imágenes que acompañan el texto. El aliento incondicional y la complicidad de José Luis Bertrán, Bernat Hernández, Eliseo Serrano y Ángela Atienza, amigos entrañables y compañeros de fatigas científico-académicas han sido claves para que el proyecto llegara a buen puerto. Gracias a todos. Como le escribió Marc Bloch a Lucien Febvre, «hemos combatido, largamente, juntos, por una historia más amplia y más humana»².

¹ Georges Duby, *La historia continúa*, Barcelona, Debate, 1992, pág. 15.

² Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, edición crítica de Étienne Bloch, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1995, pág. 119.

I

Annales: haciendo historia

La percepción luminosa del sentido de la civilización occidental

RAPHAËL CARRASCO

Université Paul Valéry, Montpellier 3

Seríamos peores de lo que somos sin los buenos libros que leímos, más conformistas, menos inquietos e insumisos y el espíritu crítico, motor del progreso, ni siquiera existiría. Igual que escribir, leer es protestar contra las insuficiencias de la vida. Quien busca en la ficción lo que no tiene, dice, sin necesidad de decirlo, ni siquiera saberlo, que la vida tal como es no nos basta para colmar nuestra sed de absoluto, fundamento de la condición humana, y que debería ser mejor.

MARIO VARGAS LLOSA,

Discurso Nobel, 7 de diciembre de 2010¹

Si he colocado en cabeza de mi homenaje a un amigo historiador el que un novelista rinde a la escritura de ficción no es por alardear de singularidad o por gusto de la paradoja. A la hora de valorar el impacto de ciertas lecturas en mi formación intelectual y en mi vertebración como persona, situar esa formación en el que fue su lugar de predilección, a saber la literatura —y también la filosofía—, me parece un punto de partida obligado. La historia vino más tarde y no resulta poco paradójico, bien pensado, que cuando todo lo que he escrito hasta hoy y todas las tesis que he dirigido —con la excepción de cuatro o cinco artículos y otras tantas tesis— pertenecen al ámbito histórico, mi trabajo de profesor ha sido casi exclusivamente dedicado a la literatura y a la traducción literaria. Tal bipartición, tal ir y venir de un campo a otro, me ha sentado siempre muy bien, tanto

en la cátedra como en la vida y el hecho de haber empezado mi recorrido intelectual por la reflexión sobre las representaciones y los conceptos supuso para mí un enriquecimiento fundamental que me fue muy útil cuando decidí emprender investigaciones históricas.

Así que los autores que más leí durante mi período de formación, digamos entre 1968 y 1973, los que con mayor dedicación medité y me han seguido acompañando durante toda mi vida no eran historiadores, o muy poco. Estudié en Francia en el momento de triunfo del llamado Estructuralismo y del Sicoanálisis, justo después de la extraordinaria y múltiple explosión de Mayo del 68. Había guiado mi predilección hacia aquellos autores que han colocado al Otro en el centro de su reflexión, hacia las problemáticas de la alteridad, la cuestión del sujeto en todas sus declinaciones —sujeto del conocimiento, del deseo y por supuesto, de la historia—, inclinación que el aire de los tiempos favorecía grandemente. Por ese camino frecuenté con pasión a autores como Sigmund Freud evidentemente, o Michel Foucault, y también Paul Ricœur, Gilles Deleuze, Roland Barthes, sin contar las revistas *Tel quel*, *Communications*, *Les cahiers pour l'analyse*, grandes y brillantes propagadoras de lo que para mí era una auténtica revolución intelectual que dejaba a años luz tanto los métodos como los contenidos del saber destilado desde aquellas cátedras universitarias que se me antojaban —a mí y a un sinnúmero de estudiantes— rezumantes de saber hueco y vana presunción. Entre los autores que con más empeño y provecho frecuenté entonces, quiero evocar la figura de uno de los mayores espíritus que engendró el «siglo de los filósofos» franceses hacia quien debo reconocer una deuda inmensa. Me refiero a Denis Diderot, el autor de una correspondencia extraordinaria² y el mayor y más atrevido colaborador del abate Raynal en su *Histoire des deux Indes*³, obra cumbre de la Ilustración y monumento de la literatura anticolonialista, en la

que los españoles acaban bastante malparados y de hecho poco conocida en España a pesar del inmenso éxito que conoció por todas partes.

Mi giro definitivo hacia la historia vino a finales de los años 1970, principalmente cuando mi frecuentación de grupos militantes me llevó a interesarme intensamente por la obra de Karl Marx, pero no fue ese el único motivo. La lectura de Marx, emprendida ya durante el último año de bachillerato bajo los auspicios de mi profesor de filosofía, excelente pedagogo y gran militante a quien admiraba, desencadenó en mí un potente deseo de historia. Pero la historia que entonces me interesaba era más bien aquella a la que los ideólogos y los escritores comprometidos recurrían como coartada, como horizonte referencial concreto o como telón de fondo contextual en el mejor de los casos, en escritos de finalidad política y apologética, muy alejados de los de los historiadores y no exentos de aproximaciones. Voy a dar un ejemplo. El conjunto de ensayos que publicó Roland Barthes en 1957 bajo el título de *Mythologies*⁴, fue para mí una revelación cuando lo leí estando todavía en el instituto. La manera en la que el autor combina la aportación de Saussure —la ciencia de los signos, para ir de prisa— con la teoría marxista de la ideología abría, a mi parecer, perspectivas extraordinarias de análisis de las representaciones colectivas y del funcionamiento de los mitos políticos. El libro, de una escritura brillante, peca en realidad por una concepción excesivamente reductora de lo que Barthes llama la burguesía y la pequeña burguesía así como de la noción de mito, que ve como exclusivamente burgués y de derechas, o sea reaccionario y mixtificador. La izquierda, pensaba Roland Barthes, excluye cualquier mitificación porque

el lenguaje propiamente revolucionario no puede ser un lenguaje mítico [...]. La burguesía se enmascara como burguesía y así produce el mito; la revolución se muestra como revolución y entonces abole el mito [...]. El oprimido *hace* el mundo, solo tiene un lenguaje activo, transitivo (políti-

co); el opresor lo conserva, su palabra es plenaria, intransitiva, gestual, teatral: es el Mito⁵.

Tan atrevida afirmación me sonaba entonces de perlas pero no por ello he dejado desde entonces de hacer mi autoanálisis ideológico y así dar entrada a otras lecturas que entonces rechazaba, como *L'opium des intellectuels* donde Raymon Aron, dos años antes de Barthes, analizaba «el mito de la izquierda», el de la revolución y el del proletariado⁶. Visto con el tiempo me parece evidente que el texto de Roland Barthes, en particular el último ensayo del libro titulado «El mito, hoy», no era sino una respuesta al libro de Raymond Aron.

Recorrido el camino de la autocritica, abandonada la perspectiva de dedicarme al análisis literario y vueltas las espaldas al recurso propagandístico o instrumental de la materia histórica, me dirigí entonces a la historia de los historiadores, esa historia que un prestigioso pionero de lo que es hoy, Lucien Febvre, define de la manera siguiente:

[...] una necesidad de la humanidad —la necesidad que experimenta cada grupo humano, en cada momento de su evolución, de buscar y dar valor en el pasado a los hechos, los acontecimientos, las tendencias que preparan el tiempo presente, que permiten comprenderlo y que ayudan a vivirlo. Y añadido: recomponer la mentalidad de los hombres de otra época, ponerse en su cabeza, en su piel, en su cerebro para comprender lo que fueron, lo que quisieron, lo que consiguieron⁷.

La lectura de Lucien Febvre primero, luego de Fernand Braudel me convencieron de que esa era la vía que debía seguir, ese el modelo al que debía intentar aproximarme. Dejando a un lado las numerosas monografías que de una u otra forma me han aportado mucho a la hora de encauzar mi propia investigación, los libros de historia que fundamentalmente han decidido mi vocación en aquellos años turbulentos son los que en la línea de los *Annales* y tras los pasos del libro de Lucien Febvre: *La terre et l'évolution humaine*⁸, que fue para mí un gran descubrimiento, proponen

una visión total del pasado que asocia el espacio, el tiempo, las formas, las representaciones y las mentalidades, y cuya obra maestra, aunque ignore el mundo de las formas y de las representaciones, es probablemente la trilogía de Braudel: *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*². Me limitaré a citar unos cuantos libros, publicados durante los años 1960, unos por la editorial francesa Arthaud, los otros por la ginebrina Skira que son probablemente los que más me marcaron, no solo por la excelencia del texto sino también por la forma de asociar escritura e imagen, texto principal y discurso periférico complementario —comentarios de imágenes, glosarios, diccionarios, cartografía. Entre los excelentes volúmenes de la famosa colección *Les grandes civilisations* dirigida por Raymond Bloch para la primera de ambas, dos títulos influyeron poderosamente en mi vocación: *La civilisation de l'Occident médiéval*, de Jacques Le Goff¹⁰, y *La civilisation de l'Europe classique*, de Pierre Chaunu¹¹. El primero en particular, que fue mal acogido por la profesión a su salida —probablemente por ser demasiado pionero— pero que hoy se ha transformado en un clásico y que no ha sido superado, ofrece una visión global que para mí representaba el modelo de lo que hubiera querido realizar algún día —y que por cierto no he conseguido escribir—. Le Goff ofrece una visión de «la Edad Media de las profundidades» a partir de fuentes nuevas —historia del clima, arqueología, iconografía, literatura— y utilizando las investigaciones de los etnólogos y de los antropólogos que desemboca en un último capítulo dedicado a las mentalidades, las sensibilidades y las actitudes. Su manera de vincular el estudio de la vida material y el del universo mental colectivo junto con su análisis de las tensiones sociales y la atención prestada a los marginados, herejes, brujos, judíos o extranjeros me abrieron muchas perspectivas. En cuanto al libro de Pierre Chaunu, uno de sus mayores aciertos desde mi punto de vista es que combina de